

UN ECIJANO, DIEGO DE ÁVALOS Y FIGUEROA, POETA EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA DEL SIGLO XVI.

Enero de 2014
Ramón Freire Gálvez.

DIEGO DE ÁVALOS Y FIGUEROA, nació en Écija, el día 7 de Noviembre de 1552, siendo bautizado el mismo día en la Parroquia de San Juan, hijo de Tello de Aguilar y María de Ávalos, apadrinado por Francisco de Figueroa y Alonso de Zayas y madrinas Luisa de Perea y Anadea Quirós (*Libro de Bautismos 4, página 92, Iglesia de San Juan*).

El uso indistinto de los apellidos, que en los siglos XVI y XVII se hicieron por parte, sobre todo, de los caballeros y personas ilustres, con renuncia a llevar el de sus ascendientes y tomando, a su libre arbitrio, el de sus antepasados o de los familiares más o menos directos, también tuvo lugar en este personaje, que



tomó el nombre y apellidos de su abuelo materno Don Diego Dávalos, aunque la realidad es que su apellido verdadero es el de Ávalos y no Dávalos como figura en todas las biografías y publicaciones donde se hace referencia al mismo, confundiendo quizás en aquella época la pronunciación en el apellido de su abuelo, que era de Ávalos, reflejándose como Dávalos.

Fue Diego de Ávalos y Figueroa, uno de los ecijanos que, con espíritu aventurero y renunciando al bienestar familiar, en el último tercio del siglo XVI, marchó a la América española. Estuvo en Panamá, Perú y el final de sus días fueron en La Paz (Bolivia).

Frecuentó la *Academia Antártica*, para la que tradujo las *Lacrimae de San Pietro* de Tansillo, y *Sonetos* de Vittoria Colonna. Recopiló, asimismo, la *Miscelánea Austral*, obra importante por ser de las primeras con elementos narrativos que se escribían en la América española. Fue publicada en Lima en 1602 por Antonio Ricardo. Y para empezar esta biografía de forma poética, lo hacemos con dos sonetos extraídos de dicha *Miscelánea Austral*, que servirán como pequeña muestra de su poesía:

PENAS DEL AMOR

Animoso temor, flaca esperanza,
paz sin sosiego, guerra con reposo,
alegría falaz, gusto dañoso,
incierto lealtad, cierta mudanza,
vida de muerte, falsa confianza,
grata prisión en fuego deleitoso,

heraldísimo ardor, hielo fogoso,
dulce llanto y dolor, bien en balanza.
De nutrimento tal desde la cuna,
alimentó mi vida el niño ciego,
vendiéndome por miel esta amargura,
mas colocó mi ser, no la fortuna,
si no quien puede dar gloria y sosiego
que no se le concede a la ventura.

LÁGRIMAS DE AMOR

Lágrimas que aumentáis el mar ondoso,
suspiros que crecéis el vago viento,
sollozos donde habita el descontento,
ansias en quien jamás halló reposo.
Dolor intenso, fuerte y riguroso,
do yo perezco y vive el pensamiento,
falta de amor, adonde mi tormento
nació, y asiste como poderoso;
dejad de atormentar esta alma triste
y dejad de afligir a este afligido
pues no os conviene apresurar mi muerte,
que quien causa mi mal y do consiste,
quiere que viva porque así rendido
esté para mostrar su rigor fuerte.

Los vocablos que se usaban en tierras americanas y que fueron acogidos por los españoles que llegaron a dichas tierras, le hacen escribir a Dávalos en el año de 1602, sobre ello: "...es tan codiciosa la española de abrazar las entrañas, o nosotros de valernos de ellas, que tenemos ya por inseparables algunos vocablos de estas bárbaras y los usamos como si en la nuestra faltasen mejores términos para aquello mismo..."

Ahora bien, que la misma percepción las tuvieran personas ajenas al ejercicio lingüístico ya era mucho pedir, y sin embargo, un caso excepcional en este punto parece ser el de don Diego Dávalos y Figueroa, poeta petrarquista, miembro de la famosa **Academia Antártica**. En la presente intervención nos ocuparemos precisamente de los fenómenos de contacto lingüístico castellano-quechua y aimara, vistos por dicho autor hacia fines del siglo XVI... Dávalos y sus observaciones lingüísticas: Que el autor de la *Miscelánea Austral* poseía un don especial para observar y escudriñar los fenómenos de lengua que se presentaban en el mundo andino de su tiempo nos lo prueban sus ingeniosos comentarios, no exentos de atinadas reflexiones lingüísticas, puestos en labios de sus personajes. Varias de tales observaciones se encuentran dispersas en los 44 diálogos que versan, como el título de la obra anuncia, sobre una miscelánea temática. Donde, sin embargo, los personajes Delio y Cilene se enfrascan en una serie de disquisiciones lingüísticas, sobre todo de tipo lexicográfico y etimológico, es en el *Coloquio XXVIII*. Como la misma sumilla lo anuncia, en este diálogo, «en que continuando las etimologías de reinos,

ciudades y otros nombres, se dan las denominaciones de los elementos y planetas, con algunas que de los indios se hallan de alguna consideración».

Dávalos ofrece lo que podríamos llamar una pieza radiográfica de la situación de contacto entre el castellano y las lenguas indígenas, en especial el quechua y el aimara, hacia fines del siglo XVI y comienzos del XVII...emisiones con las que seguramente estuvo familiarizado Dávalos tanto en los breñales de Charcas como en la altiplanicie de La Paz, donde le tocó vivir. (*La temprana andinización del castellano. Testimonio de Dávalos y Figueroa. 1602.* Rodolfo Cerrón-Palomino. Profesor de Lingüística Andina de la Pontificia Universidad Católica de Perú).

Los elogios a las obras de este ecijano, quedan reflejados en varias de las publicaciones que, a lo largo del tiempo, se han editado, como resulta de lo reflejado en *La poesía de carácter reivindicativo en el Perú colonial, siglos XVI y XVII* de Mercedes Serna Arnaiz-Universidad de Barcelona: "... A Perú, concretamente, llegó pronto la corriente humanista en cuya difusión tuvo mucho que ver el papel desempeñado por Diego Dávalos y Figueroa, natural de Écija. Establecido en Perú desde 1574, Dávalos y Figueroa crea en Lima la famosa Academia Antártica. Posiblemente también sea él, junto a Clarinda, quien introdujo el neoplatonismo en el Perú. Su *Miscelánea Austral* refleja la influencia de los *Diálogos de amor*, de León Hebreo y del humanismo italiano en general. No hay que olvidar que fue otro peruano, el Inca Gracilazo de la Vega quien, por la misma época, traducía el famoso texto de León Hebreo al español. Y es que la labor de traducción fue fundamental para el cultivo de la poesía culta en América. En este campo destacan, asimismo, Diego Mexía de Fernangil y Enrique Garcés. Dávalos y Figueroa imitará el *Cancionero* de Petrarca, tanto en los temas como en los procedimientos estilísticos..."

La *Academia Antártica* frecuentada por Dávalos, fue una academia



literaria reunida en Lima durante la última década del siglo XVI y la primera del siglo XVII. Su nombre denuncia afinidades clásicas, y el propósito de reclamar la novedad y la leyenda ligadas al mundo americano. Su formación comprueba la transculturación europeo-americana y el interés por el cultivo de las letras, al cesar las turbulencias de la Conquista y las Guerras Civiles. Fundada, al parecer, por iniciativa del licenciado don Gaspar de Villarroel y Coruña, estuvo presidida y

sostenida por el licenciado don Antonio Falcón. A las reuniones asistían: Diego de Aguilar y Córdoba, Cristóbal de Arriaga, Diego Dávalos y Figueroa... El elogio de éstos, y la ideología general de la Academia, constan en el semi anónimo *Discurso en loor de la poesía*, compuesto, según se cree, por "una señora principal de este reyno", conocida como *Clarinda* e incluido en la primera parte del *Parnaso Antártico* (1608) de Mexía de Fernangil (*Wikipedia*).

Siguiendo con los elogios y comentarios a sus obras, aparece en *Historia de la poesía Hispano-Americana- II Capítulo IX, Perú*: "... No sabemos que ninguna de las obras de Belmonte saliese de las prensas de Lima. No así las de

D. Diego de Ávalos y Figueroa y D. Rodrigo de Carvajal y Robles, que por este tiempo se contaban entre los más lucidos ingenios de la colonia. Es curiosísimo y entretenido libro, cuanto apreciable por su rareza bibliográfica, el de la *Miscelánea Austral* que en 1603 estampaba el patriarca de la imprenta peruana, Antonio Ricardo. Dividióle su autor, don Diego de Ávalos, en cuarenta y cuatro coloquios, de que son interlocutores Delio y Cilena, y en los cuales, sin orden alguno, se trata de las materias más diversas: del amor y de las cualidades que debe tener el amante, de los celos, de la música, de las cualidades de los caballos, de la verdad, de la vergüenza, de la perfección de las damas, del origen de las sortijas o anillos, de la conversación, de las imágenes y templos de Venus, de los sueños y del sueño, de las ventajas de la lengua toscana para la música, del uso de las estampas y daños de la ociosidad, del ave Fénix, del pelícano, del cisne y del águila, de los minerales, animales y vegetales del Perú, de las propiedades de la piedra bezoar, de los edificios antiguos del Perú, del origen de los Incas y de sus leyes y ritos, de los sacrificios que los indios usaban, de la antigua riqueza de España en oro y plata, elogio de la ciudad de Écija, de donde era oriundo Ávalos, etc. Es, pues, una *Silva de varia lección*, harto semejante a la de Pedro Mexía en lo inconexo y abigarrado de las materias.

Intercálanse en ella muchos y no despreciables versos, entre los cuales merecen citarse un fragmento de traducción en verso de las *Lágrimas de San Pedro* de Tansillo, y un largo poema en octava rima y en seis cantos, que viene a ser como la segunda parte del libro, y lleva por título *Defensa de Damas... donde se alegan memorables historias, y donde florecen algunas sentencias, refutando lo que algunos filósofos decretaron contra las mujeres, y probando ser falso, con casos verdaderos, en diversos tiempos sucedidos*.

Luis Alberto Sánchez, en *Preludio cervantino*, escribe: "...Cuando leo a Garcés me acuerdo del ecijano Diego Dávalos y Figueroa, autor de la *Miscelánea austral* y *Defensa de las damas*, a principios del XVII, textos que consulté en la biblioteca de Jacinto Jijón y Caamaño, en Quito..."

Engarzando con la obra *Defensa de las damas*, de la muy interesante publicación hecha al respecto por Beatriz Barrera, Universidad de Sevilla, año 2008, titulada *Herencia cultural de España en América, Siglos XVII y XVIII*, aportamos: "*Una defensa de Damas* (1603) en la *Academia Antártica*, Diego Dávalos y el debate sobre el matrimonio: De cómo el caballero petrarquista Diego Dávalos y Figueroa, natural de Écija, pasó al Alto Perú y casó con la dama Francisca de Briviesca y Arellano, viuda de Juan Remón.

Diego Dávalos y Figueroa (Écija, c.1552), nació en el seno de una familia ilustre, en la que se reunían nobleza de armas y letras. Tal entorno debió impulsar una temprana vocación heroica, truncada por un incidente desafortunado e irrevocablemente desviada hacia el otro camino de méritos que también tenía destinado el joven: los versos (de todo esto y más cosas se habla en la *Miscelánea Austral*). Se habría visto envuelto en las complicaciones galantes de algún caballero amigo y del asunto derivarían irreparables daños. Por esa razón tal vez o probablemente por motivos menos novelescos, hubo de partir hacia el Nuevo Mundo. Antes de pasar al Perú, apenas habría podido despedirse, brevemente y para siempre, de su primer amor: Briselda, para la que había empezado a componer poemas. El nombre de Briselda para una

amada perdida en el tiempo y la distancia nos deja entrever en el amante un antiguo carácter caballeresco... Dávalos llegó a la Ciudad de los Reyes en el 1574.

Desde allí marchó al Alto Perú para afincarse por unos quince años en Las Charcas, en la comarca de la legendaria villa de Potosí. Aunque declarará en la dedicatoria de la *Miscelánea* que su profesión son las armas y caballos (que en servicio del Rey nuestro señor y de vuestra Excelencia, el virrey Velasco, con tanta cosa sustento), su nueva vida se sostiene en la economía minera de la zona, si bien parece que, como es un lugar común entre los emigrados andaluces a la comarca en esa época, las posibilidades empresariales del lugar no satisfacen sus amplias expectativas de riquezas y la nostalgia de su patria de origen le hace difícil enraizar en la de ahora, de agreste pasaje (existe constancia documental de que en 1588 era teniente de corregidor de Las Salinas).



La ciudad de Nuestra Señora de la Paz era a finales del siglo XVI residencia de gentes muy nobles y de altos linajes, muchos de ellos riquísimos encomenderos. En esa sociedad de privilegiados habían tenido un papel destacado en los tiempos recientes el poderoso capitán Juan Remón y su entonces joven y elegante esposa Francisca de Briviesca (hermosa, talentosa, cultísima, procedente de la corte española misma, donde había servido a la reina y primera mujer poeta del Perú)... Falleció el capitán en 1583, la mayor parte de sus cuantiosas riquezas pasaron a ser propiedad de la viuda. Diego Dávalos y Francisca de Briviesca se casaron el 20 de Noviembre de 1589 en La Paz... No obstante la impecable elaboración literaria que hace Dávalos de la perfecta armonía conyugal, algunos años más tarde de la publicación de estas obras, Francisca de Briviesca se divorciaría de él, contra la voluntad del poeta y contra los designios de la Santa Madre Iglesia. A finales de 1605 el matrimonio aún firmaba conjuntamente documentos, pero entre 1606 y 1614 debieron gestionarse judicialmente las desavenencias, puesto que en esta última fecha ya hay constancia de la separación de bienes y de la petición a Diego por parte de Francisca de que abandonara la morada común y tomara vivienda en alquiler. No se trató por lo tanto de ninguna disputa trivial ni pasajera.

Podemos leer el testamento que Dávalos redactó el primero de Septiembre de 1615, en él reconocemos al enamorado de años, dolido, pero todavía pendiente de la que había sido su esposa y su Cilena, cuando en el último párrafo del texto, inmediatamente antes de la fórmula de revocación de testamentos anteriores, dice: Declaro, por descargo de mi conciencia, porque no se entienda que, ofendido de los pleitos que me puso la dicha mi mujer, la dejo de nombrar mi albacea y heredera, que no es por esto, antes bien la he tenido muy grande amor y deseado su vida como la mía, amándola y queriéndola siempre sin embargo de los dichos pleitos y si no la dejo por mi tal heredera es porque a la susodicha le queda toda su renta y ser institución pía la que tengo hecha al dicho colegio (de los jesuitas); Y el no nombrarla por

albacea es por estar impedida con sus enfermedades y con todo espero y confío en su mucha cristiandad que ha de hacer bien por mi alma socorriéndola con sufragios y misas, como yo lo hiciera, sin acordarse de enojos ni pesadumbres pasadas.”

Se sabe que Francisca de Briviesca vivía aún el día de Nochebuena de ese año, sin embargo el 9 de Enero de 1616, dos semanas más tarde, aparece mencionada en determinados documentos como difunta. La última versión del testamento de Dávalos es el que entregó cosido y cerrado con siete sellos y su escudo de armas la víspera de su muerte al escribano público de la Paz. El poeta falleció el 25 de Febrero de 1616.

Los datos biográficos de Dávalos y Figueroa, sólo coinciden en cuanto al lugar y año de nacimiento, no así en el de su fallecimiento, pues en algunos se consigna acaecido en Lima (Perú) año de 1608 (como veremos más adelante) y en otros en La Paz (Bolivia) el 25 de Febrero de 1616, como resulta de la publicación anteriormente aportada. Igualmente se le asignan al mismo diversos cargos, ya sea una u otra, la bibliografía consultada.

Así, en la publicación del viernes 21 de Septiembre de 2007, en *El Aparapita de la Cultura Boliviana*. Un espacio para la difusión de la vida y obra de los forjadores de la cultura boliviana. Españoles en la cultura boliviana. *Los españoles que vinieron a descolonizar Bolivia*, por Elías Blanco Mamani, aparece: DIEGO DÁVALOS Y FIGUEROA. Poeta y empresario minero. Nació en Écija, España, en 1552 y falleció en La Paz en 1616. Llegó a las costas del Perú en 1574 y explotó las riquezas mineras de Salinas de Garcí Mendoza en el salar de Uyuni, en Potosí. Luego pasó a La Paz y llegó a ser regidor del Cabildo. Tuvo muchas propiedades las que a su fallecimiento las legó a los indios pobres y a los Jesuitas. Su obra poética fue escrita en la ciudad de La Paz, y -a decir de sus estudiosos- fue el más famoso de su tiempo en esta parte de América y varias veces ha sido citada por Cervantes. De manera precisa A. de Colombi-Monguió afirma que “su más significativa herencia reside en un corpus poético excepcional dentro de las letras virreinales, el más extenso cancionero petrarquista de fines del s. XVI y principios del XVII como obra de un poeta singular”. Es autor de los poemarios: *Miscelánea Austral* (1602); *Defensa de Damas* (1603).

Quizás la publicación más completa, donde aparecen numerosos datos sobre el origen y circunstancias concurrentes en la vida de este poeta ecijano, es la de *Petrarquismo peruano. Diego Dávalos y Figueroa y la poesía de la Miscelánea*, de Alicia de Colombi-Monguió, año de 1985, de la que entresacamos:

“...Al este de Sevilla, en la Ciudad de Écija, la noble familia de los Aguilar, celebrarían el nacimiento de Diego, su último hijo, un año más pequeño que el mayorazgo Tello. La familia se completaría con una niña Aldonza. Será Diego el segundón de antepasados ilustres. Era su padre nieto del Copero Mayor de Isabel la Católica, Ter González de Aguilar o Tello de Aguilar, deudo de la casa de Feria por su madre doña Elvira Lasso de la Vega, el cual hubo de morir gloriosamente luchando contra los moros junto al rey don Fernando y vestido de las reales armas en la toma del castillo fuerte de Coín cerca de Álora. Así desde 1485 el piadoso rey hizo merced a él y a sus sucesores de entierro en la Capilla Real de Córdoba diciendo: Razón es que quien me imitó en la vida me

imite en la muerte. Fue su hijo y abuelo del niño, Tello de Aguilar, quien llevó hábito de Santiago ya desde los cuatro años. Si ilustre fue la familia paterna del pequeño, con los nombres de Aguilar, Figueroa y Ponce de León, ilustrísima era la madre, cuyo apellido llevó Diego por voluntad de sus padres y por ciertas pretensiones que la fortuna desvió. Usaría, en efecto, el nombre y apellido de su abuelo materno, don Diego Dávalos, que fue Señor de Ceutí, hijo de Pedro López Dávalos, Adelantado de Murcia y nieto del gran Ruy López Dávalos, el ilustre y desafortunado tercer Condestable de Castilla en tiempos de Enrique II y de Juan II. A través del Condestable el niño venía a estar emparentado con Fernando Dávalos, marqués de Pescara, heroico marido de la virtuosa Victoria Coloma, cuyos versos, con admiración, habría de traducir un día el ecijano.

Creció el niño junto al Genil, en noble estado y en honrada disciplina y entre tanto que la niñez sirvió su oficio, no llegó a su pensamiento cosa que lo agravase. Admiraba a su hermano Tello, a quien recordaría como compendio mismo del perfecto caballero y no quería menos a su hermana Aldonza de Figueroa, en su sentir, otro modelo de virtud digno de ser celebrado con versos tomados de su venerado Petrarca. Tanto fusto por la erudición revelaría su madurez, que no es aventurado pensar que de mozo fuera lector omnívoro, de curiosidad alerta y universal, con muy probable aptitud para las lenguas e indudable maestría y particular fervor por la toscana. No sería imposible que antes de los diecisiete años hubiese viajado por Francia e Italia, a juzgar por su dominio del italiano y por unos versos suyos, dónde pregunta: "Dime de donde soy tu conocido, en España, en las Indias o en la Galia, que tus razones me han enmudecido. No del Perú, me dijo, ni de Italia te conozco, señor, más soy nacido allá en tu Astigia de la gran Vandalia."

De haber existido el tal viaje, el joven Diego regresó antes de haber cumplido los diecisiete años, pues entonces habría de estrenarse sirviendo al rey en el, a su juicio, siempre noble oficio de las armas y caballería. No cumplidos los diecisiete años dice, y es ésta la única fecha lo suficientemente ajustada para fijar el nacimiento de Diego Dávalos y Figueroa con alguna precisión: casi diecisiete años antes de que comenzara la sangrienta rebelión morisca de las Alpujarras. En esta última guerra y rebelión del reino de Granada, rememora Dávalos, no tenía yo muchos años, pues al principio de esa guerra no llegaban a diecisiete y con todo los juveniles bríos me hicieron ir a ella, al principio sin licencia de mis padres, aunque después con ella...

De la guerra de Granada no nos da cuenta de mucho más, salvo en el mencionar algunos destacados capitanes como don Luis Fajardo, marqués de Vélez y claro está el muy alto Príncipe don Juan de Austria, hijo del Emperador Carlos Quinto y General de aquellos ejércitos y en el lamentarse que uno Rufo de Córdoba, autor de las *Austriadas* no hace suficiente memoria de las tropas de Écija, porque ninguna infantería fue más útil y ninguna caballería hizo más ni mejores efectos... Acaso al promediar la guerra se cruzara Dávalos con un capitán moreno de sonoro nombre, Garcilaso de la Vega, hijo de una princesa inca y un conquistador español, que venía entre las gentes del Marqués de Priego, pariente lejano del capitán mestizo y del joven Dávalos y Figueroa. Porque, como ya queda dicho, emparentada con la casa de Feria estaba la de Aguilar y apellido común tanto de la familia de Diego como la de Garcilaso era el Suárez de Figueroa, que de hecho el Inca había llevado como suyo.

Deudos de deudos, pues, quizá hablaran en las Alpujarras de ambiciones que para ninguno de los dos se concretaron, o más probablemente –siendo Diego tan mozo- de temas menos íntimos, como la común admiración que ambos guardarían en la madurez por aquel antiguo poeta de Écija, Garcí Sánchez de Badajoz. A cada uno le tocaría vivir en un mundo que le sería ajeno; el Inca en Andalucía, el andaluz en el reino del Perú... Al terminar la guerra en el otoño de 1570 regresaría a Écija, donde otros sueños pronto habrían de decidir su suerte. El caso es que Dávalos se enamoró y así lo cuenta: en aquella dulce, rica y deleitosa patria mía, al tiempo que mis verdes años y deseos más florecían, yendo un día en una festividad descuidado del bien que a los ojos se me ofreció, vi una dama de singular belleza, según mostraba en lo que un delicado y blanco rebozo descubría y no sólo se representó esta luz a mi vista, más a todos los que la miraban, que tal era su esplendor, del cual abrasadas mis entrañas y libre corazón no quise, supe ni pude dar paso atrás ni adelante, quedándome absorto y con todos mis sentidos ocupados en mirar lo que tanto al alma agradaba. Y tanto perseveraré en esto que vino a conocer mi dolencia quien la causaba, de otros muchos ya notada... De haber regresado a Écija a fines de 1570, cuando terminó la guerra en Granada, debió enamorarse no antes de 1571 y no mucho más tarde de 1572. Era don Diego entonces hombre muy joven, de diecinueve o veinte años a lo más, por cierto en sus verdes años. Él, noble y apasionado, hermosa y noble ella, los necesarios nombres a primera vista y en una festividad de seguro religiosa, a la moda de Petrarca. Las cosas han ocurrido con rigor de *Canzoniere*... El amor lo llevó a escribir, porque el amante ha de ser poeta.

Algunos de sus poemas deben haber circulado, a juzgar por los tres sonetos en la recopilación manuscrita de la Biblioteca Nacional de París y si es mucho conjeturar el que ya para esta época haya compuesto un cancionero completo, es probable que varios de los poemas intercalados en la *Miscelánea*, sean de estos años... Diego Dávalos dejó Écija, la rica y deleitosa junto al Genil, a la que sólo habría de regresar en perpetuada nostalgia. Pasaría por Sevilla, donde se aprestaba la flota y seguiría rumbo al Sur, más allá de las marismas, donde el Guadalquivir, que jamás olvidaría desemboca en el Mar Océano. En Sanlúcar de Barrameda, las costas españolas se le alejaron para siempre: embárgueme en el puerto y barra de Sanlúcar y con felicísimo viaje tomamos tierra en las afortunadas islas y la principal de ellas que es la Gran Canaria.

Si salió la flota de mediados de 1573, iría con los mismos vientos que llevaron al chispeante y amenísimo Eugenio de Salazar a su destino de oidor en Santo Domingo. Si no, habrá viajado en los galeones que partieron hacia fines de ese año, en travesía acaso más azarosa, comiendo como mal pudiera, bebiendo su medio azumbre de agua nauseabunda, cohabitando con ratas, cucarachas, chinches y piojos infinitos. El camarote nunca ventilado y maloliente que parece



bóveda o camero de difuntos, sería como todos ellos, oscuro, diminuto y abarrotado de obligatorio equipaje. Amén de su ropa y media arroba de jabón, allí guardaría varios quintales de galleta de munición, barriles de harina, vino y aceite y claro está, los imprescindibles libros, en una camarilla que tenía tres palmos de alto y cinco de cuadro, donde en entrando la fuerza del mar hizo tanta violencia en nuestros estómagos y cabezas, que padres e hijos, viejos y mozos quedamos de color difunto y comenzamos a dar el alma... y juntamente lanzar por la boca todo lo que en ella había entrado aquel día y el precedente, y a las vueltas, unos, fría y pegajosa flema, otros, ardiente y amarga cólera y algunos terrestre y pesada melancolía.

De esta manera pasamos sin ver sol ni luna; ni abrimos los ojos ni nos desnudamos de cómo entramos ni mudamos lugar. Entre vómito, salitre y sed, las horas pasaban; se rezaba bastante, se leía mucho. La *Silva de varia lección* era libro popular a bordo; también lo eran *Castiglione*, *Bembo*, el bien amado Petrarca y el ya célebre Ercilla. La *Odisea*, contaba una vez más de las tempestades de antaño y la *Eneida* seguiría diciendo que a la postre el varón animoso es siempre iactatus et alto.

Si el penoso viaje de Salazar fue con viento en popa y mar en bonanza, cuáles no serían los afanes de los viajeros cuando vieron fortunas y tormentas. Tal le cupo en suerte a Dávalos, porque en el Mar Caribe, se desbandó la flota entre borrascas. Luego, a bordo del mal guiado galeón, hubo de pasar por aún más azarasas peripecias: Después, en el golfo, tuvimos algunas borrascas, una de las cuales fue tan peligrosa y pesada que desrumbó la flota, haciendo a cada navío tomar una diferente derrota y camino y porque el suyo era para la Nueva España y mi viaje a este reino del Perú, hube de embarcarme en la Isla Española (que llaman de Santo Domingo), para desde allí, atravesar como hice, a Tierra firme; y para esto fue forzoso entrar en un pequeño navío, por mal experto piloto guiado, pues nos tuvo su ignorancia y poca experiencia a punto de perecer muchas veces. Y una de ellas llegó a tanto extremo su poco gobierno, que no sabiendo en qué lugar estábamos, aunque era costa, tuvimos necesidad de sustentarnos de marisco veinte y dos días.

Al fin, siendo socorridos de otra nave y de mejor piloto, llegó a Panamá y a este reino. En Santo Domingo, se maravilló de los naranjales que habiendo sido traídos de España, han crecido de manera que se hallan montes espesos de sólo naranjos y acaso hasta se haya espantado de la no pequeña crueldad de cierto entretenimiento: y es que en la Isla Española, primera y principal población de Colón... están tan cebados los tiburones en las sobras de las reses que en el matadero de la ciudad de Santo Domingo se matan, que a manadas están en la orilla del mar, aguardando lo que al agua los carniceros echan. Y con el tiempo que allí yo estuve, tenían por entretenimiento los oidores y presidentes de aquella audiencia, acosar con perros a los toros o vacas, porque se arrojasen al agua, a los cuales acudían luego tantos tiburones que en instante despedazaban todas las reses... Y habiendo yo ido un día con los oidores a este pasatiempo, me dijo el Licenciado Francisco de Vera, Presidente de aquella Audiencia, que tomando un anzuelo... a uno de ellos se le halló en el vientre una cabeza de toro con sus cuernos... Por fin llegó a Panamá y a este reino.

Dávalos salta de uno a otro en una sola conjunción, pero el salto no era largo, sino que a menudo podía ser mortal. Por lo menos cuatro días de nuevos peligros llevaba el cruce del istmo, ya arrastrándose en el barro de las empapadas selvas, ya empujados en el lomo de una mula, a riesgo de caerse, que algunas partes del camino tenían arriba de media vara de ancho con escalofriantes precipicios de ambos lados. Ya en Panamá se embarcó para el Perú, con mejor suceso en la navegación del Mar del Sur que en el Océano, en el año de mil quinientos setenta y cuatro.

Siendo Virrey del Perú don Francisco de Toledo, llegó a la ciudad de los Reyes el ecijano. Lima era ya rica en iglesias y en prósperos monasterios, con sus campanarios, torres y cimborrios... Debió pasar algún tiempo en Lima y sus alrededores, pues bajó por la costa, entre valles, desiertos y arenas hasta la desembocadura del río Cañete. Allí, visitó la fortaleza de Huarco, verdadera ciudadela con sus tres bastiones, escalinatas y laberínticas calles de piedra... De ella dará Dávalos admirada noticia: el edificio de Cañete... tiene soberbio y deleitoso asiento, porque está sobre la Mar del Sur, en una firme peña que el agua bate y baña, tiene muchos y reales aposentos, los que les acabó de levantar y cubrir el virrey Don Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, pareciéndole injusta cosa que aquello se acabase de perder y así mismo en convenientes ocasiones... Pronto oiría de las comarcas del Sur, aún tierras de promisión, donde en una lejana ciudad a medio camino entre el Cuzco y el cerro de Potosí, más allá de un lago inmenso, se recogían pepitas de oro y se repartían provechosas encomiendas.

Hacia Nuestra Señora de la Paz, la que había de ser su último destino, se encaminó Diego Dávalos. Rumbo al Sur... Dejando el Cuzco, ciudad sombría y frígida, aunque rica por sus muchas encomiendas, hubo de tomar el camino real de los Incas, que cortaba recto hacia la región colla, donde los Andes se



abren para dejar se extienda el ancho y el alto llano del Collao, tierra de papas y quinua. Por fin llegó al inmenso Titicaca, el lago del Chucuito, que supera a todos los lagos de los que las historias hacen memoria... Dávalos recorrió el Titicaca por todo su alrededor, aunque no necesariamente en este primer viaje, en muchísimos otros durante largos años de vecindad... La lanza y las barras de plata fueron los oportunos instrumentos de la observación científica de Diego Dávalos; también lo eran de su oficio. El ecijano, siempre se hubo de sentir soldado español y en las Charcas se hizo minero. De ahí que tanta familiaridad tuviese con esta agua por donde pasaba el metal, que cimentó tantos sueños... En cuanto minero la nueva comarca del ecijano debió ser la región vecina del Titicaca. Dávalos, que no da cuenta ninguna de la ilustre Ciudad de los Reyes, que apenas si menciona el templo del Sol de Cuzco, que jamás describe las ciudades de La Plata y Potosí que naturalmente conoció muy bien, nos da del lago descripción geográfica más pormenorizada...